

ROGER OTERO LORENT

EL ARTE DE ESCRIBIR SIN ESCRIBIR
y otros cuentos



la mancha
literatura adultos

Santa Cruz - Bolivia

Serie La Mancha, 2007
© Grupo Editorial La Hoguera
El Arte de escribir sin escribir y otros cuentos
Roger Otero Lorent

Editorial La Hoguera
Calle Beni 678
Edificio Gabriela 2º piso
Santa Cruz de la Sierra
Bolivia
Derechos reservados de acuerdo a Ley

Prohibida la reproducción total o parcial de la presente obra sin permiso expreso, por escrito, del autor y la empresa editora.

Editor: Mauricio Méndez J.
Corrección de estilo y Diseño editorial:
Departamento de Producción La Hoguera
Impresión: Imprenta Landívar

PRIMERA EDICIÓN • 2007
Depósito Legal: 8 -1 - 533 - 07
I.S.B.N.: 978 - 99954 - 34 - 07 - 6

Comentarios y sugerencias:
www.lahoguera.com

ÍNDICE

1er. Prólogo: Un escritor salvaje	9
2do. Prólogo: Del absurdo y la violencia	11

AL OTRO LADO DEL ESPEJO

Instrucciones	17
En el salón de la 'peluquería'	21
Antes de morir	29
Autopsia de un sueño	39

SIMPLEMENTE CUENTOS

Microscopio de la soledad	49
Los no-nacidos	51
Tic tac	53
Lo que sucede por no tener una alfombra que diga cualquier cosa de bienvenida	59
Aquella noche	61
Retórica del coito	63
Monólogo de la estatua	65
El secreto de la vida	67
El descubrimiento	69

HUMOR VÍTREO

El sueño mejor soñado	73
Miedo a lo desconocido	75
Otra vez navidad	77
Aprendizaje	79

El castillo de arena	81
Doble vida	83
Los como yo	85
Los mellizos narcisistas	87
Involución literaria	89
El cuento más corto con el título más largo del mundo, nominado al premio ilógico del cuento más corto con el título más largo y redundante del mundo, proveniente de los países mediterráneos y tercermundistas de América del Sur	91
El mensaje	93
Amor intelectual	95
El otro lado	97
CUENTOS INÉDITOS	
Entre mis manos	101
Viaje a lo desconocido	109
A tu salud y por nuestra educación	119
El placer de lo imposible	125
El arte de escribir sin escribir	129

EN EL SALÓN DE LA 'PELUQUERÍA'

Era una mañana espléndida de sol radiante y calles sin mucho tráfico. La peluquería quedaba a la vuelta de la esquina de donde él estaba caminando muy sereno. Llegó al borde de la vereda y frenó su zapato de tacón gastado sobre la acera, miró con cara de extraviado para todos lados y, finalmente, optó por virar en dirección contraria a una pandilla perruna que rodeaba a una hembra acezante. Echó el paso a la derecha manteniendo su mismo acostumbrado andar de toda la vida: la cabeza erguida, el inmenso tórax abultado, los hombros levantados hacia atrás, los trancos largos, los brazos tiesos y los pies pegados al piso. Tenía cincuenta y nueve años y todavía conservaba las manías destiladas de su juventud. Era, en su hogar, un ejemplo de constancia para sus hijos y un dolor de cabeza para su mujer. Una vez marcadas las siete de los gallos, se despertaban con él la disciplina y el empeño que mantenían su parsimoniosa figura de viejo animal errante; mientras la voz masticada de su mujer babeaba palabras de no te levantés, dejá dormir, vos estás loco, todavía ni amanece, viejo aguilillo; pero él ni caso, no soy tan viejo como vos, le decía, y ella que media dormida pero igual no se dejaba; viejas serán tus patas, le respondía más muerta que viva, y luego se despedían como si nada, con dos te quiero y un no tardo, hasta que el cansancio vencía en ella y el orgullo en él, dentro de un ronquido poderoso que competía con el golpe rutinario de una puerta al cerrarse.

Ocho menos cuarto y se preguntó: ¿qué hago aquí? Había leído un letrero enorme que llamó su atención por el acento monumental que recaía en la primera “e” de la palabra peluquería. Por eso estabas ahí adentro, profesor de lenguaje: por eso me había sentado en un largo sofá, justo al centro de un grupo de veteranos de guerra, por eso estaba esperando el turno para que me recorten el cabello al son de tantos cuchicheos de viejos decrépitos solazados en sus recuerdos pusilánimes de derrota, por eso me había levantado con la intención de salir y, ni modo, quedarme con la incógnita de por qué la gente es tan bruta para escribir cualquier cosa; por eso me habían retenido a poco de sacar la punta de mi nariz ganchuda a la luz de la calle, por eso había parado y por eso preguntaba atónito por qué me retienen, porque si tiene prisa lo atendemos rápido, y bueno, y que me sientan en una poltrona de eje giratorio que me sepulta en un ensimismamiento por la complicidad con la bruteza de esta gente, pero que me renueva la pregunta ¿qué hago aquí? y con ella vuelvo a pensar en todo lo anterior... cuando aún son las ocho menos cuarto.

En este salón de peluquería las paredes no parecen tales, hay espejos por doquier, y la idea de estar en un motel encuentra asilo en el rubor de sus mejillas. ¡Ay, Fulgencio Gomadales!, suspira dentro de sí, estás cada día más viejo, tu libido sólo te inspira congoja en los vericuetos de la desdicha y la zozobra que encuentras a la vuelta de cada esquina. Es una estatua allí sentada, un monumento labrado con material fino de angustia y sosiego, combinación antagónica muy bien cauterizada por el insondable transcurrir de sus años a punta de ejercicios vespertinos; si ahora te viera tu esposa, la muy floja, ¿qué diría?, cortándote el cabello que no tienes, gastando la plata que tampoco tienes, eso diría, es más que seguro, mujer parlanchina, mujer tenías que haber nacido, mujer, mujer, mujer... Una sonrisa escapa de su rostro hierático, mas se percata a tiempo para relegarla disimuladamente por un

bostezo de falso cansancio. Ha recuperado el ánimo dormido, la evocación de su pareja ha evitado que se enfrasque en el pesimismo fatal de su carácter. Disimula estar sentado cuando su mente está de pie y corriendo a través de una infinidad de pasadizos neuronales que se encuentran y se pierden entre ventrículos que formulan preguntas sin respuestas, cuyas ramificaciones se enmarañan en dudas de timidez. Allí sentado, dentro de un cuarto de espejos que comunica a cada objeto con cada objeto, sin importar qué relación entrañen uno con otro, se intuye percibir a un hombre abatido, vergonzoso, indignado ante la ignorancia de la gente que le rodea, protegido por un caparazón de hierro sutil que exhibe de él una realidad inescrupulosa, pero ajena a la verdadera. En ese salón es como si se instituyera una conspiración improvisada de miradas que estuvieran al borde de tal descubrimiento, donde todos intervienen: la mirada ladeada de los dos peluqueros que tiene a su izquierda y derecha, la mirada encorvada de los excombatientes que descansan en el sofá detrás de él –son cinco, ya los contó–, la mirada ausente del hombre de atuendo hippie que acaba de entrar, la mirada intermitente del niño que se hace cortar el cabello con el peluquero de la izquierda, la mirada penetrante del ciego que se hace cortar el cabello con el peluquero de la derecha, la mirada tierna del lazarillo que descansa a sus pies, la mirada insomne del espejo que abarca las cinco paredes del recinto, la mirada eternizante de los objetos que complementan la totalidad del ambiente y la mirada suya que dirige resignadamente para sí.

Ahora se preguntaba: ¿por qué regresé cuando pude irme? Pude haberme negado; no, no pude; claro que pude haberlo hecho, ¿mintiendo?, no, no soy bueno mintiendo, eso está mal; mentir está muy mal, pero, ¿y qué iba a decir entonces?, ¿la verdad?, ¿y cuál era la verdad?, que entré porque me llamó la atención lo bruto que eran al escribir una palabra: peluquería, ¿con acento en la e? Y entonces pensó

que quizá aquella aberración gramatical era intencional y que estuvo hecha para atrapar clientela. Y fue cuando se sintió igual de decrébito y pusilánime que los ancianos sentados en el sofá de atrás, de quienes pensó que estaban ahí por lo mismo. Todavía insatisfecho con aquel sentimiento de miseria que empezaba a experimentar insistió más en el asunto, porque si es así yo soy el bruto y –contó nuevamente a los excombatientes– además soy cinco veces viejo, como ellos, cinco veces pusilánime, cinco veces decrébito... Quiso llorar, cuando una voz estreñida lo interrumpió a poco de hacerlo, ¿cómo le corto señor?, era un joven de gruesos lentes y demacrado aspecto que tenía más de lombriz que de humano, sólo bájeme las puntas, porque tampoco había más de dónde sacar, tenía cabeza de papa, y el espejo, ¡mierda que estás quedándote calvo!, y él, pero no soy el único, porque estos viejos de atrás están peor, y los viejos bajaron sus miradas como si escucharan aquellos pensamientos, aumentaron el volumen de sus cuchicheos y el ambiente cambió, empezó a ver las cosas en diferente orden; las miradas que tanto le acosaban se convirtieron en explicaciones de su paranoia, se dio cuenta de que no era la conspiración que parecía en un principio, porque todas ellas cesaron: la mirada intermitente del niño que se hace cortar el cabello con el peluquero de la izquierda se transformó en llanto (sus cabellos muertos caían sobre sus pequeños ojos, por eso parpadeaba, por eso su mirada intermitente hacia mí, porque quería llorar sin que yo lo notase), su peluquero se había dado cuenta del incidente y no hacía nada por remediarlo (por eso su mirada ladeada hacia mí, por miedo, sabía que el niño iba a soltar el llanto en cualquier momento y se había puesto nervioso); ¿y el otro peluquero?, el de su derecha (lo mismo con él, su mirada ladeada hacía mí en realidad estaba dirigida hacia el niño, porque ese hombre es bizco, me di cuenta de eso cuando se acercó a mi peluquero y hablaron

de no sé qué nuevo corte para mí, entonces se agachó para examinar mi cráneo y fue ahí cuando le clavé la mirada de un vuelco, ¡zas!, él se asustó y los ojos se le brotaron como empujado por resortes, entonces aproveché para examinarlos en vilo); ¿y qué hay con las otras tres miradas que faltan? (la del hombre de atuendo hippie se extravió en la revista Playboy que ahora sostienen sus manos temblorosas, la del ciego no importa porque está oscura y la de su lazarillo lo mismo), ¿su lazarillo también está ciego?, (es que tenemos tanto en común, fue la respuesta que me dio su amo cuando me sorprendió en el intento de acercarme a sus pupilas); el salón había sido sacudido por espasmos de nervios, temores, dudas y llanto, el sobrecogimiento había sido colectivo y, ¡recontramierda!, las miradas habían convergido en una, la de don Fulgencio, quien después de un momento de reflexión se sorprendió desde el espejo como a un viejo senil que permanecía sentado en sus nalgas incólumes, con el rostro descolgado, con sus ojos enterrados en arrugas de llanto, con sus labios de sonrisa cautiva y con la duda de siempre que encabritaba a sus sentidos, porque se preguntó horrorizado, ¿soy yo o es el espejo?, cosa que nunca se había podido responder desde que cumplió los cuarenta, porque la respuesta era la pregunta y la pregunta era sólo él, él ahí sentado, él ahí en el espejo, él en su monólogo a dos voces, él en las miradas, en su mirada, en su caparazón, en su timidez y en su rudeza educada, y todo eso en nada, porque ahora sólo era un recuerdo en el que se refugiaba para huir de la impaciencia que lo suministraba su joven peluquero de manos pesadas y ojos tristes, cuando el reloj marcaba las ocho menos diez y el tijeiteo sobre él era lo único que escuchaba y que percibía como un látigo arrojado al vacío, shic, shic, shic... shic, shic... shic... ¡zhack! ¿Qué fue eso?, se preguntó don Fulgencio salido de su abstracción, porque había sentido el filo gélido de la tijera muy cerca de su oreja,

y por el espejo advirtió que su joven peluquero de pómulos acentuados y pálido semblante había quedado petrificado, más mudo que cuando no hablaba, porque lo único que atinó a decir fue ¡ups!, para luego proseguir con su trabajo de shic, shic, shic... mientras que don Fulgencio pensaba, este imbécil me ha rebanado la oreja, shic, shic..., sabe que lo estoy mirando por el espejo y por eso no levanta su cabeza de idiota, shic... parece que nadie se ha... ¡Zhack!... Don Fulgencio se levanta encolerizado, ¡carajo!, y que si me volvés a hacer otra cortadura que yo te hago otro culo y, que no se enoje, que qué carajo, que cómo no me voy a enojar; pero, señor, es la nueva moda, ¿¡la nueva moda!?, y el hombre de atuendo hippie deja la Playboy sobre la mesita de donde la sacó y salta de su asiento para decir que sí es la nueva moda, así lo están usando en Estados Unidos, y don Fulgencio se tranquiliza, porque si lo están usando en Estados Unidos entonces debe ser muy... muy cool, dice, y todos sonríen, hasta el niño que ha dejado de llorar, y don Fulgencio se vuelve a sentar, ya tranquilo, crispando sus puños sobre los brazos de su silla y apretando su mandíbula oxidada para mitigar el ardor que empieza a sentir con gran intensidad y que soporta con estoicismo, porque es muy macho y que lo digan los cinco excombatientes que lo observan impávidos desde el sofá de atrás, hasta que no soportan la curiosidad de presenciar el espectáculo más cerca y se levantan para apoyar a su nuevo camarada que nunca fue a una guerra, pero lo de aquel momento era como si las hubiese peleado todas, ¡zhack!, ¡zhack!, ¡zhack!... ¡dale carajo!, ¡dale hermano del alma!, ¡no te dejés!... ¡zhack!, ¡zhack!... ¡Viva Bolivia!, ¡Viva nuestro Chaco!, ¡Pilas de mierda, maricones! ¡zhack!... Y todos se meten para presenciar el nuevo corte y todos opinan para mejorar el nuevo corte, sacale un poco más de oreja, sí, y un poco más de nariz, sí, de la punta, sí, transversalmente para que combine con esas dos cortaduras en sus mejillas,

no, ¿por qué no?, porque van a ser más de dos, ¿cinco?, no, veinte, ¿veinte cortaduras?, sí, también sacale un poco de lengua, sí, pero la lengua tiene que combinar con la nariz, sí, pero ya le sacaste la punta de la nariz, sí, ¿y ahora qué se puede hacer?, le sacamos otro poco, sí, ¡viva la Selección Nacional, carajo!, sí, perforale la niña de su ojo izquierdo, sí, escupámosle la cara, sí, saquémosle todo el rostro, sí, y el peluquero a todo sí, mientras don Fulgencio trataba de pensar en su mujer para olvidarse del dolor, va a estar muy contenta de mí cuando me vea con el nuevo corte gringo, porque voy a estar a la moda, y la moda para ella es lo máximo al igual que para mis dos hijos adolescentes que quieren ser modelos, van a estar muy orgullosos de su padre, sí, qué alegría estar aquí adentro, con esta gente que me colabora desinteresadamente, sí... ¡Basta!, gritó alguien y todos se asustan, es el ciego que pregunta si acaso están ciegos, porque ¿cómo van a permitir tal atrocidad?, y en frente de un niño; y el niño que lo mira con sus enormes ojos dilatados de no comprendo, y los demás murmuran que este hombre está loco, sáquenlo, no deberían permitir dementes en este salón, y los otros dos peluqueros le dicen sálgase por favor, y el ciego sale con su lazarillo y una vez afuera se abren paso entre la multitud de curiosos que se había apiñado en la puerta, doblan la esquina y vomita con entera libertad sobre otra vomitada, al tiempo que un artista que merodeaba la zona le dice fascinado: señor, ha creado una obra maestra.

Diez en punto y don Fulgencio Gomadales era el nuevo héroe del pueblo, había superado la fama que la monja excomulgada poseía desde que accidentalmente se le habían visto los tobillos por el fuerte soplo del viento en un desfile eclesiástico que anunciaba la llegada del Mesías, también había superado el baile de cierto actor de telenovela y el concurso de belleza de 'Miss Inocente', en el que las candidatas se exhibían en traje de piel sobre pasarela y cuyo único requerimiento

para participar era no tener una vasta cultura general. La popularidad de don Fulgencio había llegado más lejos que eso y en menor tiempo, pues sólo tuvo que salir de la peluquería para que los curiosos de afuera empezaran a propalar la noticia vertiginosamente, en medio de autógrafos y aplausos que lo persiguieron hasta su casa, y una vez ahí, antes de echarle mano a su cerrojo, se detuvo en el umbral de su puerta para pensar en que tal vez “peluquería” llevara su acento en la primera “e”, porque aquella era una peluquería a la última moda; luego elevó su mirada al sol y sintió que el ardor de sus cortaduras era más insoportable que antes, sacó su pañuelo blanco del bolsillo trasero de su pantalón y se lo pasó por todo su rostro. En la refriega su pañuelo se había convertido en una masa humectada por su sangre gelatinosa que caía a grandes chorros y se escurría espesa a través de sus brazos, pecho y espalda. Sintió que se le aflojaban las piernas, pero evitó caer frente a sus fanáticos admiradores; entonces se despidió de ellos con una levantada de manos muy cordial y, tras un leve empujón a la puerta que abría, se encontró dentro de su casa, más triste y solitario que nunca, con un deseo de morir angustiante y una sonrisa agónica que intentaba remediar su padecimiento de león enjaulado. Dio un paso para desfallecer tranquilo sobre el pasto de su jardín, pero se le adelantó un resbalón con su propia sangre, y cayó arrodillado en el umbral de su puerta cerrada, sintiendo miles de punzadas alrededor de su cabeza partida; al impacto, un pedazo de carne se le salió de alguna parte de su rostro, parecía un pez dando brinco luego de haber mordido el anzuelo; lo sostuvo entre sus manos antes de que se perdiera por el jardín y se compadeció de aquel fragmento suyo, lo sobó un rato pensando en lo injusto que había sido consigo mismo y trató de consolarlo con una canción que no pudo comenzar porque lo silenció la muerte, cuando fueron las diez y cuarto de una mañana ya olvidada en el salón de la “peluquería”.